

La gloria y la cruz

Dimensión estética de la existencia cristiana

Pedro Trigo

- * **La belleza no se refiere ante todo a la vista y el referente no es ante todo un objeto.**
- * **La belleza está primordialmente en la relación entre sujetos y consiste en la fruición de este trato.**
- * **Por amor (por bondad) Dios se ha complacido en cada persona (le ha parecido bella) y la ha llamado a la existencia (la crea consistente, verdadera).**
- * **La Palabra única y exhaustiva de Dios se ha hecho figura humana. "Contemplamos su gloria", testimonia Juan. Pero los jefes "crucificaron al Señor de la gloria", "porque los cegó el dios de este mundo".**
- * **Así pues existen dos estéticas, como existen dos glorias y dos dioses.**
- * **Para los cristianos la gloria no puede separarse de la cruz. O se hacen cruces de oro para que la gloria de la cruz coincida con la de este mundo o se entra por la puerta amarga de la pasión pueblo, que es el cuerpo de cristo en la historia. Sólo allí se percibe que el crucificado por mundo es exaltado por Dios.**

LA BELLEZA COMO TRASCENDENTAL

Lo estético no es el ropaje vistoso de algo previamente constituido para hacerlo apetecible. No es un adorno exterior para vender el producto. La belleza para nosotros es un trascendental, como la verdad y el bien; es decir algo que atañe a la realidad como tal, y por lo tanto algo que en la realidad es uno con la verdad y el bien, que les concierné realmente. Así pues, la verdad y el bien son hermosos, y si no son ni verdad ni bien; así como la belleza es verdadera y buena y si no es belleza.

Eso no significa que la unidad de los trascendentales reluzca inmediatamente: hay belleza que no es verdadera sino afeitado que recubre la verdad y por lo tanto no es buena sino que busca fascinar, obnubilar el juicio y robar la libertad. También la verdad se presenta a veces como árida y otras como cruel; y la bondad aparece a veces desangelada y zafia. Lo mismo que hay gente apasionada por la verdad que no se interesa ni por el bien ni por la belleza, en tanto que otros buscan la belleza desinteresándose de la verdad y el bien, así como no faltan quienes viviendo para el bien relegan la verdad y se olvidan de la belleza.

La posibilidad de que la verdad, el bien y la belleza se muestren cada una por separado sin que las otras dos aparezcan como dimensiones suyas, es decir, la posibilidad de que se presenten por tanto no como trascendentales (como de la realidad y en la realidad) sino como categoriales (como fenómenos, como situaciones que distorsionan y violentan la realidad) tiene que ser tomada en serio y explicada. En primer lugar cabe preguntarse si la verdad o el bien pueden apetecerse si no tienen algo de hermosos, así como parece evidente que uno busca una belleza o un bien verdaderos, por lo menos como verdadera belleza o verdadero bien, del mismo modo que quien se entrega a la belleza o a la verdad es porque le parece bien. Así pues parecería que de algún modo la verdad, el bien y la belleza siempre se re-

alizan como trascendentales. Pero esta trascendencia permitiría también absolutizar esa vertiente y afincarse en ella negando a las otras. Aunque también esta relativa autonomía se comporta a veces dialécticamente, impidiendo juicios globalizantes. Así por ejemplo san Bernardo enrostró proféticamente al obispo Mauricio de Sully que construía Nôtre Dame que para edificar a Dios una casa de piedras despojaba y explotaba a las piedras vivas del templo de Dios. Tenía razón el abad y fue justo su reproche. Pero el pecado del obispo fue tan hermoso que se convirtió en fuente de gracia. Fue un pecado mortal, porque quitó vidas; pero su hermosura también dio vida a muchas personas del pueblo ya que también fue su casa y le ayudó a ir a Dios a la vez que sublimó tantas penas. Lo mismo cabría decir de no pocos templos coloniales (yo lo he percibido muy claramente en San Francisco o La Compañía de Quito). Lo mismo podríamos decir de no pocos artistas cuya vida no ha sido con frecuencia ni moralmente buena ni verdadera y consecuente, y sin embargo sus creaciones han ayudado al pueblo a ser mejores y a mantenerse consecuentes con sus veneros más profundos. También poco a poco se va descubriendo la belleza apasionante de trayectorias humanas que, enfrascadas en la consecución del bien y la verdad, parecían en un primer momento privadas de toda dimensión estética. Así pues, la relativa independencia de estas tres dimensiones, si hace posible distorsiones y descarríos, también por otra parte dialectiza la existencia y la dota de riqueza y pluridimensionalidad irreductibles.

En nuestro caso, la urgencia de buscar el bien (la vida, la justicia y la participación) no puede hacernos olvidar, tanto la búsqueda de las dimensiones de verdad y belleza del mismo bien, cuanto la búsqueda directa de la verdad y la belleza. Cuanto más duro y desgastante se presente el ejercicio del bien tanto más debe mostrarse su verdad (que es el único camino que conduce a la vida digna) y su belleza (que es amable, que es apetecible, que merece vivirse así, aunque cueste y duela).

PRIMACIA DE LA RELACION SOBRE LA FIGURA

Mostrado el carácter escatológico, definitivo de lo estético, habría que indicar al menos, su fundamento. Este estriba en el propio Dios. Al manifestarse él, de cualquier modo que se revele, de todos los modos revela su gloria, es decir el resplandor de su presencia, la belleza de su realidad. Una irradiación tan fulgurante que ninguna criatura puede resistirla, pero que sin embargo no aniquila sino que beatifica.

Ahora bien, esta belleza no es sólo una percepción de las criaturas. Es antes que nada la proporción, la armonía y la felicidad de las relaciones que constituyen a las personas divinas. La belleza no es pues ante todo el agrado que produce en un observador el contorno de un ser, una forma. Es en primer lugar el gozo de una relación, la alegría del don que constituye respectivamente al Padre, al Hijo y al Espíritu. La belleza de la comunicación (percibida desde dentro de la relación) funda la belleza de la comunidad (que puede admirar quien accede a ella). Así pues la belleza no se refiere ante todo a la vista y el referente no es ante todo un objeto. La belleza está ante todo en la relación entre sujetos, se da al constituir al otro como otro y mantenerlo como diferente y mantenerse en comunión con él. La belleza connota primordialmente alteridad y comunión de sujetos y consiste en la fruición de este trato.

Desde nuestro punto de vista no podemos extraer el concepto y la práctica de la belleza ante todo de los objetos ni menos aún de la objetivación de sujetos. Por el contrario, de la belleza sentida en la relación (con el tú y con el cuerpo social) puede pasarse a la captación más plena y verdadera de la belleza de la naturaleza y sus seres y de los artefactos (objetos útiles y producciones artísticas).

De las relaciones constitutivas provienen las figuras: El Padre lo es porque engendra al Hijo y expira al Espíritu y porque el Hijo y el Espíritu se vuelven a él. Parecido podríamos decir del Hijo y del Espíritu. Y estas figuras son bellas en sí porque lo son para las otras dos figuras. Como personas, el en sí es en las otras.

Refiriéndose a la humanidad también es cierto que cada figura proviene de la relación trascendental que la funda. A esa relación la llamamos creación. Por amor (por bondad) Dios se ha complacido en cada persona (le ha parecido bella) y la ha llamado a la existencia (la crea consistente, fuera de sí, verdadera). Dios no crea u-

INVITACION

Invitamos a sacerdotes, religiosos, laicos, a una jornada de reflexión sobre la carta encíclica de Juan Pablo II *Sollicitudo Rei Socialis*. Una carta del Papa dedicada a la "cuestión social", a la que, por su actualidad e importancia, queremos dedicarle un día de estudio bajo la orientación de M. Munárriz, S.J. La jornada se realizará en el Patronato San José (Av. Este 2, N° 150 - Los Caobos) el sábado 11 de junio a las 9 a.m.
Aporte por persona: 25 bolívares

COMISION DE JUSTICIA Y PAZ - SECORVE

niversales ni conoce universales, Dios sólo conoce y crea la realidad en su concreción irreductible, a la vez que estructurada y dinámica. Dios crea la realidad como figura concreta. Y la figura más concreta y diferenciada (aunque también más religada) es la persona humana. Y cada figura humana es por eso genuinamente bella, es hermosa en lo que tiene de genuina.

PRIMACIA DEL BIEN SOBRE LA BELLEZA

Así pues, si la ciencia es de universales, si todo conocimiento conceptual se da mediante universales, hay que decir que estos tipos de conocimiento no llegan propiamente a la realidad y menos aún a la realidad de las personas. Así no conocemos sino géneros y especies o modelos matemáticos. Es obvio que la tremenda utilidad derivada de estos modos de conocer sólo se explica por su enraizamiento en la realidad. Pero las tremendas deformaciones que han posibilitado ponen también al descubierto su carácter derivado, su calidad de medio, su falta de trascendentalidad, la urgencia que tienen de fundarse en algo más profundo. Esto más profundo no puede ser sino la aceptación del misterio que nos funda: el acto creador, la palabra que Dios ha pronunciado sobre mí, sobre cada una de las demás personas, sobre nuestro mundo y nuestra historia, sobre toda la realidad. Estas protopalabras, estos nombres propios, este lenguaje divino finaliza en materia estructurada y dinámica, se hace carne, figuras. El acceso real a estas figuras acontece cuando las captamos como propuestas de Dios. No se trata de una contemplación sino de un acto. Se da en el respeto, que es la relación fraterna en la línea de la propuesta divina que constituye a cada figura. Desde esa disposición fundamental se abre la belleza de la creación como tal, se ve la gloria de Dios y se goza uno de la armonía

a que reluce en esa propuesta de Dios. Desde esta perspectiva y sólo desde ella aparece que la realidad, en cuanto término de la relación fundante de Dios, es cósmica.

Así pues no hay ningún acceso neutro al misterio que funda la realidad. Sólo la actitud responsable (que responde a la propuesta de Dios) que se realiza en la relación respetuosa con cada figura (darle de mí para que ella dé de sí) hace la verdad y abre a la belleza trascendentales. Así pues el trascendental primero es el bien y en él se hace la verdad y se capta y goza la belleza.

INTUICION SENSIBLE Y ADMIRACION

Pudiera parecer que al ser la realidad de concretos y no de universales el sentido estético, en cuanto capacidad de percibir las figuras concretas, tendría el privilegio en la captación de la realidad. Y así es en cierto modo, si como acabamos de decir arraiga en el misterio. En caso contrario no pasa de sabiduría de la vida que capta concretamente sus ritmos, se entrega a ellos y sabe gozar de lo relativo, sin ilusiones, consciente de que llegará la hora de la decadencia y muerte. Sin embargo desde la aceptación de la realidad como creación sí aparece claro que lo que se nos da para pensar y para encargarnos de ello es una realidad dinámicamente estructurada y en ella las personas como figuras religadas e irreductibles. De ahí la primacía de la intuición sensible, del ver, oír y tocar y del percibir la unidad concreta e irreductible, la figura, y el gozo que esto lleva aparejado, la admiración. Esto es lo que da que pensar. Y esto se plasma antes que en conceptos (filosóficos o científicos) en símbolos y mitos, en arte.

LA PALABRA SE HIZO CARNE

Pero para los cristianos la primacía de

la figura tiene raíces más hondas aún: No sólo las palabras creadoras de Dios se hacen carne, figura; es la Palabra única y exhaustiva de Dios la que se ha hecho carne, figura humana. Ha acontecido lo que parecía imposible: el mar ha entrado completo en el hueco que hizo un niño en la playa, el misterio fundante e inexhaustible ha tomado una forma concreta, al parecer mensurable: en Jesús habita la plenitud de la divinidad corporalmente.

Cualquier acercamiento científico o filosófico a Jesús de Nazaret se detiene al borde de su individualidad irreductible. Sólo la intuición sensible es capaz de captar su figura, su gloria. "Contemplamos su gloria" (Jn 1,14) nos dice Juan al dar testimonio de "lo que oímos, lo que vieron nuestros ojos, lo que contemplamos y palparamos nuestras manos" (1 Jn 1,1). La realidad de Jesús, al ser una vida irreductible, sólo se puede narrar. Y nosotros sólo tenemos acceso a ella si damos fe a los que la cuentan. Consciente de eso, deja Juan constancia de su carácter fidedigno: "Lo dice un testigo presencial y su testimonio es válido, y él sabe que dice la verdad para que también ustedes crean" (Jn 19,35) "y con esta fe tengan vida gracias a él" (Jn 20,31). "Les escribimos esto para que nuestra alegría llegue a su colmo" (1 Jn 1,4).

Y sin embargo muchos vieron, oyeron y tocaron a Jesús sin percibir su gloria, sin recibir su vida, sin quedar colmados de alegría. Así pues la intuición sensible no basta. Necesita estar fundada en el bien: "la luz vino al mundo y los hombres prefirieron las tinieblas a la luz porque sus acciones eran malas" (Jn 3,19), "prefirieron la gloria de los hombres a la gloria de Dios" (Jn 12,42). Y no sólo la prefirieron sino que crucificaron al Señor de la gloria (1 Cor 2,8) porque los cegó el Dios de este mundo (2 Cor 4,4).

LA GLORIA Y LA CRUZ: EL JUICIO

En Jesús se da paradoja tras paradoja. Primero, que la Palabra arcana, la que estaba vuelta a Dios desde el principio como la palabra propia de Dios, aquélla mediante la cual Dios hizo todo, se haya hecho carne, una figura humana limitada y lábil, la paradoja de que ese vaso de barro pueda contener sin mengua ese decir eterno de Dios, el reflejo de su gloria y la impronta de su ser (Hbr 1, 3). Después, la paradoja trágica de que muchos no hayan tenido ojos ni oídos para percibir esa gloria. Porque esa gloria apareció literalmente como para-doxa, es decir como ajena al sentir común, como contraria a la gloria

que se dan entre sí los que se tienen por grandes en este mundo. La gloria de Dios se imaginaba como la proyección al infinito de la gloria que resplandece en las figuras cuyos nombres retiene la historia que escriben los vencedores. Y en cambio, Jesús, de quien se pudo decir "eres el más bello de los hombres/ de tus labios fluye la gracia" (Sal 45,3), se presentó como "uno de tantos" (Fil 2,7), "uno probado en todo igual que nosotros" (Hbr 4,15), más aún, consumado por el sufrimiento (Hbr 2,10). Uno que al morir torturado quedó tan desfigurado que no parecía hombre ni tenía aspecto humano; no quedó en él ni rastro de belleza ni presencia que atrajera las miradas ni aspecto que cautivara (Is 53,2); parecía "un gusano, no un hombre/ vergüenza de la gente, desprecio del pueblo" (Sal 22,7). Marcos y Mateo presentan a Jesús en la Cruz, rodeado de enemigos, gritando a Dios su abandono y muriendo tras un tremendo alarido. Lucas y Juan interpretan adecuadamente esa muerte atroz como consumación, como gloria, como realización definitiva de su figura de Hijo y Hermano. Por eso, al enterarse Jesús de que unos griegos quieren verlo, les remite a su Cruz: en ella contemplarán su gloria (Jn 12, 20-33).

La figura de Jesús pone todo en crisis: "Yo he venido a este mundo para entablar un juicio; así, los que no ven, verán, y los que ven quedarán ciegos" (Jn 9,39). Si uno camina a la luz de este mundo, de la ideología que segrega el orden establecido opresor, percibe glorias engañosas que conducen a la muerte. Quien camina a la luz de la vida percibe la gloria de la humanidad creada por Dios como hija y hermana. Estas relaciones son las que componen la figura genuina y escatológica de la humanidad tal como se ha revelado en Jesús. Pero sólo quien pertenece a la vida, es decir quien hace la justicia (1 Jn 2,29) y quien ama a sus hermanos (1 Jn 3,10) es capaz de contemplar esa gloria. Ese es el que ha nacido de Dios (Jn 3,3-8; 1 Jn 2,29; 4,7-8). Pero por eso nacer de Dios implica desolidarizarse de este orden injusto y egoísta. Es necesario, pues, convertirse, nacer de nuevo (Jn 3,3).

El bautismo es el sacramento de este nuevo nacimiento pues en su bautismo Jesús, solidarizándose con el pueblo pecador, se reveló como el hombre solidario, el cordero que carga con el pecado del mundo (Jn 1,29), el Hermano. Al acto de Jesús responde Dios señalando a Jesús como Hijo y por lo tanto revelándose como Padre. En este acontecimiento, llamado a hacer historia, se manifiesta la figura humana: ser persona es ser Hijo y Hermano.

Se manifiesta la gloria que Dios da a Jesús y a todo el que sigue su camino; y se manifiesta la gloria de Dios que consiste en realizarse como nuestro Padre. Este camino es el que culmina en la Cruz: allí Jesús efectivamente es descoyuntado por nuestros pecados y los confiesa a Dios pidiendo perdón por nosotros; allí el Padre acepta el perdón de Jesús y recibe su Espíritu para derramarlo sobre toda carne (Hch. 2,16-17).

Así pues existen dos estéticas, como existen dos glorias y dos dioses. El dios de este mundo da al príncipe de este mundo los reinos de este mundo y él muestra su esplendor tentando: "el diablo le mostró en un instante todos los reinos del mundo y le dijo: 'te daré todo ese poder y esa gloria, porque me lo han dado a mí y yo lo doy a quien quiero'" (Lc 4,5-6). El Dios de la Vida da al Príncipe de la vida el reino de los hijos de Dios, que son los que no aceptaron la marca de la Bestia que habilita para comprar y vender en el reino de este mundo (Ap 13,17), que son los que en este mundo de fieras conservaron su humanidad, su figura de hijos y hermanos, a veces al precio del martirio.

En Jesús se revela que también la estética entra en crisis. No es ella un terreno pacífico al margen de los combates decisivos. Ella se emplaza en el mismo corazón del proceso que entabla Jesús ya que en definitiva se trata de ver o de quedarse ciegos, de decidirse por la gloria del mundo injusto o por la gloria de los Hijos de Dios. Los ojos nuevos sólo nacen al iniciarse en el camino de la justicia para la fraternidad.

FIGURAS DE GLORIA

La hermosura cristiana reluce en los santos. Y en ellos se muestra, como en Jesús, paradójicamente, pongamos el caso de Francisco de Asís. El comienza su camino despojándose de sus ricos vestidos y dejando festines, serenatas y torneos. Comienza desnudándose. Más aún abrazándose de un modo brutal con lo que le repugnaba: besando al leproso. Vestido de un tosco sayal, olvidado del cuidado de su cuerpo, trabajando con sus manos y durmiendo en el suelo, su aspecto decae tanto que los niños de su pueblo le arrojan barro y se ríen de él como de una persona que ya no merece ningún respeto. Por eso sus parientes lo encierran para impedir que la deshonra caiga sobre la familia. Entonces él renuncia públicamente a su familia y a su clase. Se ha quedado literalmente sin figura. ¿Quién es Francisco? Para él resulta sencillo y claro, aun-

que extremadamente doloroso: Al morir al orden establecido se encuentra libre para ser hermano de todos. No tiene ningún compromiso que restrinja su fraternidad y tampoco tiene ninguna posesión que por defenderla le cree enemigos. Puede ser el hermano de los hombres y también de la naturaleza ya que ha renunciado absolutamente a ser señor de nada ni de nadie. Tampoco conoce a mos ni señores ni padres en este mundo. Sólo al Padre común. El resultado de esta libertad es la alegría que se expresa como canto, como danza, como oración de alabanza, como poesía y sobre todo como relaciones hermosas, tremendamente profundas y transidas siempre de una nota de alegre cortesanía. Desde su perspectiva singular saldrán relaciones inéditas de una belleza fulgurante: Con Clara, con el sultán de Egipto, con los pájaros y los peces, con los leprosos y pobres, con los pueblos, con el Papa, con el sol y los elementos, con el fuego que lo cauteriza, con sus compañeros, con la hermana muerte y sobre todo con Jesús y con su Padre. Pero todo este mundo de encuentros y relaciones, desde su figura de penitente que culmina en la de crucificado. El despojo nunca queda atrás, por el contrario crece siempre y con él la capacidad de dar compañía, de sembrar la paz, de calentar a la humanidad y alegrarla.

Este venero de belleza oculta y definitiva es la marca de todos los santos antiguos y modernos. En unos como Agustín,

Teresa de Jesús, Juan de La Cruz, Felipe Neri, Rosa de Lima, Francisco de Sales, Teresita del Niño Jesús o Juan XXIII es también un rasgo de carácter o una búsqueda explícita; pero incluso en otros que, como Vicente de Paúl o Ignacio de Loyola, aparecen como absorbidos por la acción servicial, la dimensión estética no es sólo la figura global que componen sus vidas sino algo tan profundamente sentido por ellos que constituía no sólo su alimento sino un alegría que a causa de sus frágiles cuerpos no podían contener.

Sin embargo en todos ellos se mantiene el carácter paradójico de la belleza cristiana. Por ejemplo en el caso de Monseñor Romero. Mientras vivió ni los obispos salvadoreños ni el Vaticano reconocieron su figura. Por una parte les pareció molesta, perturbadora, y por otra, despreciable. Siempre lo acusaron de estar manejado. Y en verdad su presencia en asambleas de gente importante según la luz de este mundo parecía más bien deslucida. Por ejemplo, en Puebla. El era una persona humilde y sencilla, no un personaje. Muchos acudieron a verle a San Salvador porque estaba en una encrucijada y era signo de contradicción. Muchos usaron sus gestos y sus palabras según su posición en la contienda: pero ¿cuántos fueron capaces de captar el centro personal de donde brotaban? Ciertamente que el pueblo salvadoreño captó su gloria. Pero ¿quién advertía la gloria de ese pueblo? Desde luego que Monseñor. Después de morir su fi-

gura cristaliza, parece un teorema, una obra de arte. Sus sermones leídos y más escuchados subyugan como los de Juan Crisóstomo, el otro obispo mártir. Muchas fotografías cuyas son verdaderos cuadros plásticos transidos de expresividad y de elocuencia. Su memoria convoca cada día más y su figura crece con el paso del tiempo. Pero todavía sigue siendo inasimilable para el establecimiento eclesial. No hay modo de captar su figura fuera de su discipulado. Ante él no hay neutralidad. Sigue siendo una bandera discutida.

No hay modo para el cristiano de separar la gloria, de la cruz. O se hacen cruces de oro y pedrería para que la gloria de la cruz coincida con la de este mundo o se entra por la puerta amarga de la pasión del cuerpo histórico de Cristo que es el pueblo. Y allí con los ojos de la fe se percibe que donde abunda el pecado sobreabunda la gracia y que el crucificado por el mundo es exaltado por Dios, que los pobres son bienaventurados y que el dolor puede coexistir con la alegría y el desamparo con la esperanza indomable.

Para los cristianos la gloria no puede separarse de la cruz. Y por eso o bien construimos aparatosos sepulcros y homenajes huecos a los santos y así culminamos la obra de quienes los desconocieron y mataron o bien entramos por su camino para compartir su destino y comulgar, ahí, con su gloria.

CHRISTUS

TEOLOGIA Y CIENCIAS HUMANAS

**50 AÑOS DE
PRESENCIA
CRISTIANA EN
LA LIBERACION
DEL PUEBLO**

SUSCRIPCION: (10 NUMEROS: 1 AÑO)

AMERICA LATINA: 30.00 Dlls.

SUSCRIPCIONES A: *

Apartado Postal 21-272,
Colonia Coyoacán,
Delegación Coyoacán,
C.P. 04000, México, D. F.

*Se agradecerá si su suscripción la envía en cheque con plaza en Nueva York, EE. UU.